
LA ETICA EN LA HISTORIA

Tema central de la filosofía de todos los tiempos, desde la Grecia clásica con sus más destacados exponentes, hasta los pensadores de la época moderna, la ética es el punto de partida para la discusión acerca de dos cuestiones fundamentales: primero, cómo habremos de vivir mejor y segundo, cuáles son los principios que rigen la vida humana. La respuesta a estas dos interrogantes constituye el eje de los siete ensayos que, reunidos bajo el título *La ética a través de su historia*, sintetiza las corrientes filosóficas más representativas de occidente.

Los trabajos que se presentan en esta obra tienen su origen en un ciclo de conferencias organizadas por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, entre abril y mayo de 1986. En un intento por exponer las concepciones éticas surgidas a lo largo de momentos políticos e históricos diversos, los autores debaten sobre el hombre mismo, el bien y la actividad moral, para lo cual recuperan los estudios de Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Hume, Kant, J.S. Mill y Wittgenstein.

Hablar de ética es remitirse a costumbres y actos virtuosos; para otros, la ética se refiere a los principios o reglas morales; algunos consideran aquí, los mandatos divinos y religiosos o también, el estudio de los móviles de la actividad humana; otros más la conciben como la existencia de un principio de utilidad, e incluso, hay quienes sostienen lo absurdo de expresar en el lenguaje lo Ético en absoluto. Esta variedad de concepciones ha provocado que en nuestros días, las ciencias de la filosofía y de la política se hallen ante la imposibilidad de presentar una noción única, universalmente aceptada, respecto del objeto y fin de la ética.

Resulta evidente que esta cuestión ha suscitado múltiples y encontradas proposiciones, así en la doctrina platónica la excelencia humana, la virtud, se identifica con el conocimiento, único y auténtico bien, pues para Platón (427-347 A.C.) la mente y las facultades racionales constituyen la parte fundamental del alma y del hombre todo, de donde concluye que el elemento intelectual es causa y principio de todo aquello que es virtuoso. Frente a esta doctrina se levanta en sentido totalmente opuesto, el planteamiento filosófico empirista de Hume (1711-1776), quien

afirma que la moralidad no es ninguna cuestión de hecho, porque decir que algo es un “hecho”, equivale a decir que es un objeto posible de conocimiento. Para conocer algún hecho o verdad –según Hume– únicamente se requiere de la participación de la parte racional de la mente, pero para actuar se requiere, además, de la intervención de la parte pasional o conativa ligada a los sentidos. Las cuestiones de hecho o de conocimiento no pueden por sí mismas dar razones para actuar, pues en nada tocan a nuestras pasiones.

Aristóteles, el sabio de Estagira (384-322 A.C.), también llamado el maestro de los que saben, aborda la cuestión ética desde otra perspectiva: la naturaleza humana. Todas las acciones y libres elecciones tienden al parecer hacia algún bien, siendo el bien supremo de la vida humana la felicidad, que es aquello que buscamos en sí mismo y respecto a lo cual todos los demás fines y bienes no son sino medios. En Aristóteles la felicidad consiste en el ejercicio constante de la virtud, la cual es relativa a cada uno de nosotros. La virtud –afirma Aristóteles– es un hábito que constituye algo semejante a una segunda naturaleza. Aparte de dividir el alma en dos partes: la racional y la irracional, el sabido griego distingue la existencia de dos tipos de virtud, las dianoéticas o intelectuales y las éticas o morales. Así, junto a la felicidad y la vida virtuosa, el placer aparece aquí, como un coronamiento.

En contraposición a la noción aristotélica, Tomás de Aquino (1225-1274) ubica la ética en Dios. Sólo en Dios el hombre encuentra su perfección y su bien absoluto, porque en Él el cumplimiento de la felicidad es infinito. En la filosofía tomista, la representación concreta de este bien supremo trascendente, es el bien común de la sociedad que está regulado a través de normas de moralidad constituidas por las leyes y la conciencia.

Kant (1724-1804) propone por otra parte, la existencia de dos tipos de razón, la práctica y la pura, y asienta que el supremo principio de moralidad está implícito en nuestro pensamiento. La razón práctica debe producir una voluntad que sea buena, misma que depende de las sensaciones. Para el filósofo criticista, nuestros fines y nuestra concepción del bien se fundamentan en el imperativo categórico, conformado por un criterio de corrección moral en acciones, cuyo proceso es similar al de la construcción de una ley moral, en tanto que somos seres racionales y razonables.

John Stuart Mill (1806-1873) fundamenta la ética en un principio de utilidad que aprueba o en su caso, desaprueba toda acción humana. Este principio es corroborado cuando las acciones promueven la felicidad, constituyéndose en actos correctos si apuntan a este fin, e incorrectos si se apartan de él. Todo conocimiento moral es adquirido y expresado en modo imperativo, aunque las reglas morales deben aplicarse a cada caso en particular, porque además del deseo –la primera fuerza motivacional– es necesario considerar la voluntad y la razón en la ejecución de las acciones morales.

Por último, Wittgenstein (1889-1951) distingue entre un sentido relativo y uno absoluto de lo Ético. El primero está condicionado a ciertos propósitos convencionales y se ajusta a un estándar predeterminado, aunque advierte que ello no corresponde con la manera en que la Ética en absoluto aborda la cuestión del bien, lo valioso y lo correcto, pues un juicio relativo es un enunciado que puede carecer del carácter asignado a uno de valor al sujetarlo a situaciones hipotéticas o condicionales. Respecto a lo Ético en lo absoluto, Wittgenstein sostiene la imposibilidad de recogerlo en el lenguaje, pero reconoce su existencia en el mundo. El bien absoluto, incondicional, no se puede conocer únicamente puede ser vivido. Así, para mante-

ner las nociones absolutas del bien y del deber la mejor manera, concluye, es negarles toda extensión lingüística.

Platts, Mark (Comp.) *La Ética a través de su historia*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Colec. Cuadernos No. 49, México 1988.

Lourdes Alvarez Icaza Longoria